



## Discurso del Papa Francisco a los miembros de la Federación de Colegios de Enfermería Profesionales, Asistentes de Sanidad, Asistentes de la Infancia.

*Aula Pablo VI, 3 de marzo de 2018*

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Me alegra encontraros y, en primer lugar, me gustaría expresar mi gratitud y mi estima por el trabajo tan valioso que lleváis a cabo para muchas personas y para el bien de toda la sociedad. ¡Gracias, muchas gracias!

Saludo cordialmente a la Presidenta y a toda la Federación Nacional de los Colegios de las Profesiones de Enfermería que vosotros representáis hoy aquí. Aunque proviene de una larga tradición asociativa, esta Federación se podría decir “recién nacida” y ahora está dando sus primeros pasos. Su constitución, confirmada por el Parlamento italiano hace unos días, destaca el valor de las profesiones de enfermería y garantiza que se valore más vuestra profesionalidad. Con casi 450 mil miembros, sois la asociación profesional italiana más grande y representáis una referencia también para otras categorías de profesionales. Vuestro **camino común** hace posible no solamente que tengáis **una sola voz** y una **mayor fuerza contractual**, sino, sobre todo, que compartáis los **valores e intenciones** que subyacen a vuestro trabajo.

Es verdaderamente irremplazable el **papel de los enfermeros en la asistencia de los pacientes**. Como ningún otro, el enfermero tiene una relación directa y continua con los pacientes, los cuida todos los días, escucha sus necesidades y entra en contacto con su cuerpo, que cuida. Es peculiar vuestro enfoque de los cuidados, ya que os hacéis cargo de las necesidades integrales de las personas, con esa atención característica que reconocen los pacientes, y que es una parte fundamental del proceso de restablecimiento y curación.

El Código deontológico internacional de enfermería, en el que también se inspira el italiano, identifica cuatro **tareas fundamentales** de vuestra profesión: “promover la salud, prevenir la enfermedad, restablecer la salud y aliviar el sufrimiento” (Introducción). Se trata de funciones complejas y múltiples, que afectan a todas las áreas de los cuidados, y que se llevan a cabo en colaboración con otros profesionales del sector. El carácter tanto curativo como preventivo, rehabilitador y paliativo de vuestra acción requiere de vosotros un alto nivel de profesionalidad, lo cual lleva aparejada la especialización y la actualización, debido a la evolución constante de la tecnología y de los cuidados.

Sin embargo, esta **profesionalidad** no solo se manifiesta en la esfera técnica, sino también, y quizás aún más, en el ámbito de las relaciones humanas. Al estar en contacto con los médicos y familiares, así como con los enfermos, os convertís, en los hospitales, en las clínicas y en los hogares, en el cruce de caminos de miles de relaciones que requieren atención, experiencia y consuelo. Y es precisamente en esta síntesis de habilidades técnicas y sensibilidad humana donde se manifiesta

plenamente el valor y el carácter precioso de vuestro trabajo.

Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando. De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo -¡y fatigoso! - esfuerzo de discernimiento y atención a la persona individual. Todo esto hace de vuestra profesión una **misión verdadera y propia**, y de vosotros “expertos en humanidad”, llamados a realizar una tarea irremplazable de humanización en una sociedad distraída, que demasiado a menudo deja en sus márgenes a las personas más débiles, y se interesa solamente de los que “valen” o cumplen con los criterios de eficiencia o de ganancia.

¡Que la sensibilidad que adquirís estando día a día en contacto con los pacientes haga de vosotros **promotores de la vida y la dignidad de las personas!** Sed capaces de reconocer los límites correctos de la técnica, que nunca pueden convertirse en un absoluto y relegar la dignidad humana a un segundo plano. Prestad atención al deseo, que a veces no se expresa, de espiritualidad y asistencia religiosa, que representa para muchos pacientes un elemento esencial de sentido y de serenidad de la vida, aún más urgente en la fragilidad debida a la enfermedad.

Para la Iglesia los enfermos son personas en las que está presente de manera especial Jesús que se identifica con ellos cuando dice: *“Estaba enfermo y me visitasteis”*. En todo su ministerio Jesús estuvo cerca de los enfermos, se acercó a ellos con amor y curó a tantos. Cuando se encuentra con el leproso que le pide que lo cure, tiende la mano y lo toca (cfr. Mt 8 2-3). No debemos dejar que se nos escape la importancia fundamental de este sencillo gesto: la ley mosaica prohibía que se tocara a los leprosos y les impedía que se acercasen a los lugares habitados. Jesús, sin embargo, va al corazón de la ley, que encuentra su compendio en el amor al prójimo y, tocando al leproso, reduce la distancia con él para que no esté separado de la comunidad de los hombres y perciba, a través de un gesto sencillo, la cercanía de Dios mismo. Así, la curación que Jesús le da, no es solamente física, sino que llegue al corazón, porque el leproso no solo fue curado sino que también se sintió amado. No os olvidéis de la *“medicina de las caricias”*: ¡es muy importante! Una caricia, una sonrisa, están llenas de significado para el enfermo. Es un gesto simple, pero lo anima, hace que se sienta acompañado, siente que la curación se acerca, se siente persona, no un número. No os olvidéis.

Estando con los enfermos y ejerciendo vuestra profesión, vosotros mismos tocáis a los enfermos y, más que cualquier otro, cuidáis su cuerpo. Cuando lo hagáis acordaos de cómo Jesús tocó al leproso: de una manera que no fue distraída, indiferente o molesta, sino atenta y amorosa, que le hizo sentirse respetado y cuidado. Haciendo así, el contacto que se establece con los pacientes les da como una reverberación de la cercanía de Dios Padre, de su ternura por cada uno de sus hijos. Precisamente la ternura: **la ternura es la “clave” para entender a los enfermos**. Con la dureza no se entiende al enfermo. La ternura es la clave para entenderlos y también es una medicina preciosa para su curación. Y la ternura pasa del corazón a las manos, pasa por un “tocar” las heridas lleno de respeto y amor.

Hace años, un religioso me dijo que la frase más conmovedora que le habían dirigido en su vida era la de un paciente que él había asistido en la fase terminal de su enfermedad. “Gracias, padre”, le había dicho, “porque siempre me ha hablado de Dios, incluso sin mencionarlo”: la ternura hace esto. Aquí está la grandeza del amor que dirigimos a los demás, que lleva escondido en sí, aunque no lo pensemos, el mismo amor de Dios.

Nunca os canséis de estar cerca de las personas con este estilo humano y fraterno,

encontrando siempre la motivación y el impulso para llevar a cabo vuestra tarea. **Tened cuidado**, sin embargo, **de no gastar casi hasta consumiros**, como sucede si se está involucrado en la relación con los pacientes hasta el punto de hacerse absorber, viviendo en primera persona todo lo que les sucede. El vuestro es un trabajo cansado, además de estar expuesto a riesgos, y el involucrarse excesivamente, junto con la dureza de las tareas y los turnos, podría haceros perder la frescura y la serenidad que necesitáis. ¡Tened cuidado! Otro elemento que hace que desempeñar vuestra profesión sea oneroso y en ocasiones insostenible es la **falta de personal**, que no ayuda a mejorar los servicios ofrecidos, y que una buena administración no puede considerar en modo alguno como una fuente de ahorro.

Consciente de la exigente tarea que lleváis a cabo, aprovecho esta oportunidad para exhortar a los pacientes a que nunca den por descontado lo que reciben de vosotros. También **vosotros, enfermos, prestad atención a la humanidad de los enfermeros que os asisten**. Pedid sin exigir; no esperéis solo una sonrisa, sino ofrecedla también a quienes se dedican a vosotros. En este sentido, una anciana me dijo que, cuando va al hospital para los cuidados que necesita, está tan agradecida a los médicos y a los enfermeros por su trabajo, que trata de ponerse elegante y guapa para devolverles a su vez algo. Nadie, pues, dé por sentado lo que los enfermeros hacen por él o ella, sino que alimente siempre por vosotros el sentido de respeto y gratitud que se os debe. Y con vuestro permiso, me gustaría rendir homenaje a una enfermera que me salvó la vida. Era una monja enfermera: una monja italiana, dominica, a la que mandaron a Grecia como profesora, muy culta... Pero siempre como enfermera vino después a Argentina. Y cuando yo, con veinte años, estaba a punto de morir, fue ella la que dijo a los médicos, también discutiendo con ellos: "No, esto no va, hay que darle más". Y gracias a estas cosas, sobreviví. ¡Se lo agradezco tanto! Se lo agradezco. Y quisiera mencionarla aquí, ante vosotros: Sor Cornelia Caraglio. Una mujer buena, valiente, hasta llegar a contradecir a los médicos. Humilde, pero segura de lo que hacía. ¡Y tantas vidas se salvan gracias a vosotros! Porque estáis todo el día allí, y veis lo que le pasa al enfermo. Gracias por todo esto.

Mientras os saludo, expreso mi esperanza de que el Congreso, que celebraréis en los próximos días, sea una fructífera ocasión para reflexionar, confrontar y compartir. Invoco la bendición de Dios sobre todos vosotros; y vosotros también, por favor, rezad por mí.

Y ahora, en silencio, porque sois de diversas confesiones religiosas, en silencio recemos a Dios, Padre de todos nosotros, para que nos bendiga.

¡El Señor bendiga a todos vosotros y a los enfermos a los que cuidáis!

¡Gracias!